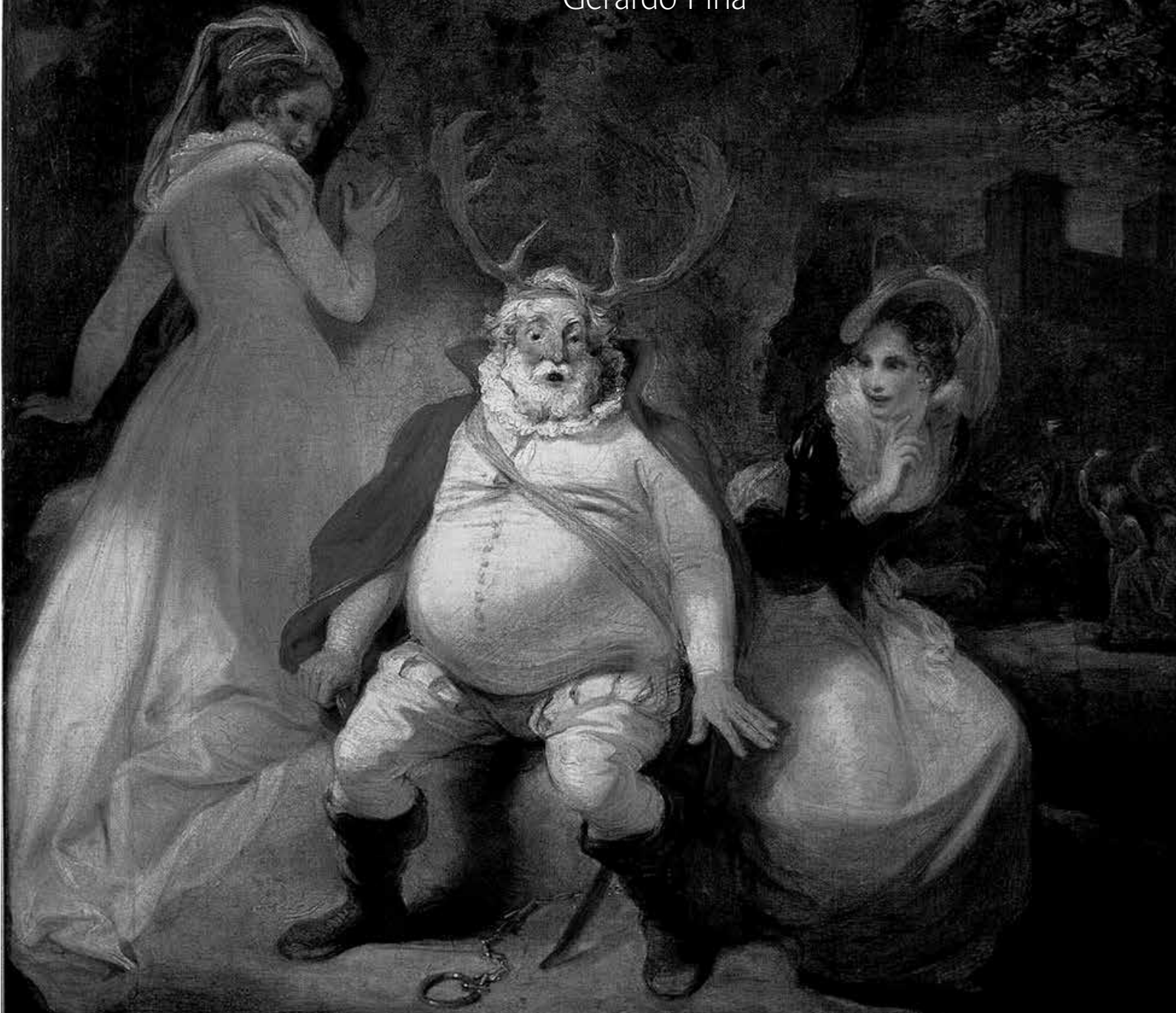


Las esposas alegres de Windsor, la obra abandonada de Shakespeare

Gerardo Piña



Falstaff, Mistress Ford y Mistress Page. Obra de Robert Smirke basada en *Las esposas alegres de Windsor*. (Imagen: Dea Picture Library / De Agostini / Getty Images)

VARIOS CRÍTICOS CONSIDERAN *Las esposas alegres de Windsor* la obra menor de William Shakespeare (por ejemplo, Emma Smith o Harold Bloom). No sólo por la ligereza de la trama sino por la ridiculización de Sir John Falstaff, el caballero arrogante y mentiroso que aparece en las dos partes de *Enrique IV*. Sin embargo consideremos algunas cosas: sabemos que Shakespeare escribió *Las esposas alegres de Windsor* en catorce días para conmemorar el nombramiento de Lord Chamberlain y Lord Hunsdon (el nuevo patrono de la compañía de teatro de Shakespeare) como miembros de la Orden de Caballeros de Garter en Windsor en 1597, a petición de la reina Isabel. Y esto mientras Shakespeare estaba escribiendo la segunda parte de *Enrique IV*. En estas circunstancias, calificar *Las esposas alegres de Windsor* como una obra menor me parece algo muy menor.

Es cierto que la trama es sencilla —y esa es una de sus virtudes—: Sir John Falstaff, un personaje gordo, glotón y corrupto, ha decidido enamorar a dos mujeres (ambas casadas): Mistress Ford y Mistress Page. Les envía sendas cartas de amor, ambas se hablan sobre ello y deciden jugarle una broma al remitente. La señora Ford, mediante su servidumbre, concertará tres citas para que Falstaff la visite, y en cada una de ellas éste terminará golpeado y humillado con la señora Page de testigo. El señor Page confía en su mujer y no sospecha nada, pero Mr. Ford es un hombre celoso, se ha disfrazado de un tal Master Brook y le ha pedido a Falstaff que le permita ser testigo de cómo seduce a la señora Ford a cambio de dinero. Al final, desde luego, el enredo es deshecho y Falstaff se arrepiente de su conducta, al igual que el señor Ford de sus celos.

No sólo es una historia sencilla; es la única obra de Shakespeare cuyos personajes son ciudadanos de a pie (la excepción es Falstaff, quien es un caballero de nombramiento, pero queda muy mal parado) y es quizás la que más refleja algunas ideas de la vida cotidiana isabelina. La obra está ubicada durante el reinado de Enrique V —Shakespeare conocía muy bien el peligro que corría al desagradar a la reina Isabel y siempre situaba sus obras en otras épocas— pero es la que más comparte elementos con obras contemporáneas de otros autores. Y, por si esto fuera poco, es la obra en la que las voces de los personajes son más particulares —distintivas— sin repetirse. Cada voz en *Las esposas alegres de Windsor* tiene inflexiones, acentos, muletillas e ideas propias acerca del tema de la infidelidad y de los celos.

La obra se inserta en la tradición de obras explícitamente moralistas y alegóricas (obras en la que un personaje se llama Virtud, otro Pecado, otro Fe, etcétera). Y a primera vista podríamos decir que se trata de una obra en la que la Virtud castiga al Vicio (o pecado), pero esta comedia de Shakespeare muestra una visión más compleja del asunto. Parece sugerirnos que más que una confrontación entre Virtud y Pecado, la infidelidad se trata de la tensión provocada entre la atracción física y el acto de escapar a dicha atracción. Es decir, un tema que ha estado presente en cualquier época y que ha hecho de *Las esposas alegres de Windsor* una de las comedias más representadas del bardo. Esta obra se estrenó en 1604, y tan sólo entre 1700 y 1900 hubo poco más de treinta producciones de la misma en los teatros más importantes de Inglaterra.

En ellas participaron las compañías de teatro más renombradas con los actores más connotados de esos dos siglos. Y en todos los casos, lo que ahora se considera como algo menor, entonces se vio como una riqueza: el localismo de la obra.

Ninguna otra obra de Shakespeare tiene marcas tan precisas de lugar y época como *Las esposas alegres de Windsor*. Además de la trama están las frases, los personajes, las alusiones, los usos del habla y la ideología predominante de la Inglaterra isabelina. Como ejemplo aparecen un personaje galés (Hugh Evans) y otro francés (Dr. Caius) con sus respectivas marcas de época: el francés es bueno en el manejo de la espada y el galés... en comer queso y en decir obviedades. “EVANS: ¿debería decirte una mentira? Desprecio tanto a un mentiroso como desprecio a quien es falso o como desprecio a quien no es sincero” (mi traducción). Los nombres de los personajes: Brook y Oldcastle (como se llamaba Falstaff al principio) aluden a un par de sujetos legendarios a quienes Shakespeare intentaba ridiculizar. En particular a Falstaff, a quien Shakespeare hace decir —previo a las bromas que las alegres esposas de Windsor le van a gastar— que a él le consta que una de ellas lo ve con buenos ojos: “FALSTAFF: en una palabra, me propongo enamorar a la señora de Ford. La encuentro dispuesta. Discurre, trincha y me dirige miradas tentadoras. Vislumbro la interpretación de su estilo íntimo y la más halagadora expresión de su conducta, que en buen inglés dice: ‘Soy de sir John Falstaff’”. Seguido de lo cual decide enviarles unas cartas de amor a las fieles esposas de los señores Ford y Page. Falstaff es un ejemplo magnífico de cinismo y pretensión; su conducta sería despreciable por completo de no ser por lo gracioso que resulta. Leamos aquí la carta de amor en boca de una de las destinatarias, la señora Page:

No me preguntéis por qué os amo, pues si bien Amor toma a la Razón por su médico, no lo admite nunca por consejero. Ya no sois joven, yo tampoco lo soy; motivo demás para que haya simpatía entre nosotros. Sois alegre, yo también lo soy. ¡Vaya, vaya! Pues más simpatía entonces. A vos os gusta el jerez, a mí también. ¿Quisierais mayores causas de simpatía? Sea bastante para ti, señora de Page —si el amor de un soldado puede bastarte— el saber que te amo. No te diré que me tengas compasión, porque la frase sería poco militar; pero sí te diré: ámame. Y firmo:

Tu propio fiel caballero,
que espera rendido y fiero
la noche y el día entero,
con un poder hechicero,
batirse por ti, lucero.
John Falstaff.¹

¹ William Shakespeare, *Las alegres comadres de Windsor*, traducción de Luis Astrana Marín. Descargado de www.educ.ar. Todos los fragmentos que aparecen en este artículo provienen de esta traducción salvo indicación expresa.

Aun cuando Falstaff se engañe a sí mismo y presuma una valentía que no tiene, su discurso lleva algo memorable a causa de su ingenio. Si no tiene otra cualidad, Falstaff es diestro con las palabras. Su estilo no es fácil de describir porque no privilegia ningún elemento retórico específico (salvo, quizás, el hipérbaton).

FORD (disfrazado de Mr Brook): Habría deseado que conocierais a Ford, para que así pudieses evitar su encuentro.

FALSTAFF: ¿A ese mercader de manteca salada? ¡Que le ahorquen! No osaría sostener mi mirada. La vista de mi bastón le haría temblar; mi bastón, que se cernería como un meteoro sobre los cuernos de ese cabrito. Maese Brook: me verás aplastar a ese rústico con mi superioridad y tú te acostarás con su mujer, créeme. Ven a verme esta noche temprano. Ford es un pillo, y yo añadiré un título más a los que tiene.

Más adelante, cuando le cuenta nuevamente a Ford (disfrazado de Brook) cómo le fue en el cortejo amoroso, Falstaff reconoce que las cosas no salieron como lo esperaba. Sin embargo, el hipérbaton no desaparece. Tal parece que si hay algo malo, para Falstaff debe ser terrible.

FALSTAFF: me tembló el cuerpo sólo de pensar que el lunático sinvergüenza de su marido hubiera practicado un registro. Pero el Destino, que ha decretado que debe morir cornudo, detuvo su mano. Bueno; él se fue a hacer su pesquisición y yo seguí caminando en calidad de ropa sucia. Pero atended a lo que aconteció luego, señor Brook. He sufrido las torturas de tres distintas muertes: primero, un terror insoportable de ser descubierto por el apollillado carnero manso; segundo, estar enrollado como un buen Bilbao en la circunferencia de un picotín, la punta con la guarnición y la cabeza con los pies; y luego ser embutido allí como para ser destilado, entre pestíferas telas que fermentaban en su propia grasa. Pensad en esto: un hombre de mi temperamento, medítadlo bien, sensible al calor como la manteca, un hombre que está continuamente sudando y derritiéndose. Milagro fue el escapar a la asfixia... Y en lo más álgido de este baño, cuando estaba ya medio cocido en aceite como guisado holandés, ser arrojado al Támesis, y enfriarme, ardiendo de calor, en aquella agua glacial, como la herradura de caballo. ¡Considerad esto, un calor de fragua! ¡Considerad esto, maese Brook!

La última cita concertada por la señora Ford será en el cementerio, por la noche. Esta vez todos han participado para jugarle una buena broma a Falstaff y han incluido a un grupo de niños que habrán de disfrazarse de hadas para asustarlo y darle de picotazos con sus trinchas. La idea es que el miedo le sirva de escarmiento y de ocasión para arrepentirse de sus múltiples vicios. El juego funciona.

FALSTAFF: Entreveo que se me ha hecho hacer el papel de borrico.

FORD: Sí y también el de buey. La prueba es evidente.

FALSTAFF: ¿Y no son hadas lo que aquí veo? Dos o tres veces lo he dudado; pero mi conciencia culpable y la sorpresa repentina de mis facultades me produjeron una ilusión grosera que me hizo creer, sin ton ni son, que eran seres sobrenaturales. Ved cómo puede la inteligencia alucinarse cuando se ocupa en malas obras.

EVANS: Sir John Falstaff, servid a Dios. Renunciad a los apetitos carnales, y los duendes dejarán de pellizcaros.

FORD: Bien dicho, duende Hugo.

EVANS: Y por vuestra parte, renunciad también a los celos, os lo suplico.

FORD: No desconfiaré de mi mujer hasta el día en que seáis vos capaz de hacerle la corte en inglés de buena ley.

FALSTAFF: ¿He expuesto mis sesos al sol y dejado que se achicharren, que no me quedaron los bastantes para descubrir un lazo tan grosero? ¡Cómo! ¡Un cabrón galés tomarme a mí por objeto de sus burlas! ¡Dejarme yo encasquetar un gorro de frisa welche! No me falta más que estrangularme con un pedazo de queso tierno.

Como suele ocurrir cuando un castigo se prolonga (en este caso la humillación hacia Falstaff) la incomodidad del espectador aumenta al punto de sentir compasión por el acusado. La primera en lanzar la ofensa, a modo de pregunta, es Mistress Page, quien le pregunta a Falstaff si hubiera podido satisfacer a las dos mujeres llegado el caso.

MISTRESS PAGE: Aun cuando hubiésemos arrojado con toda nuestra fuerza la virtud de nuestros corazones y nos hubiésemos condenado sin escrúpulo, ¿creéis, sir John, que habría podido el diablo en persona hacer de vos nuestras delicias?

FORD: ¡Vaya, qué bocado! Una bala de lana.

MISTRESS PAGE: ¡Un hombre soplado!

PAGE: Viejo, tibio, mustio y con un vientre intolerable.

FORD: Tan maldiciente como Satanás.

PAGE: Y tan pobre como Job.

FORD: Y tan malo como su mujer.

EVANS: Entregado a los fornicadores, a las tabernas, al jerez, al vino, al hidromiel, a los licores fuertes, jurador escandaloso y camorrista.

A Falstaff no le queda más que rendirse: “Muy bien; soy vuestro tema; me lleváis ventaja. Estoy decaído. Ni siquiera me hallo en estado de contestar a esa franela welche. Hasta la ignorancia sirve de plomada contra mí. Haced de mí lo que queráis”. El final de la obra nos deja con un sabor agrisado precisamente porque el escarmiento ha ido demasiado lejos. Lo que se inició como una comedia sencilla y directa en su resolución alcanza tintes de drama poco antes de terminar. Shakespeare captó muy bien, al retratar en esta obra varios usos de su tiempo, la universalidad de todo conflicto local cuando es retratado con una mirada crítica. Y con humor. Y con un uso polifónico del lenguaje. 